



NUEVA Y CURIOSA RELACION
DE LA PEREGRINA DOCTORA

PRIMERA PARTE

Soberana luz brillante,
Madre del divino Verbo,
amparo de pecadores,
palma, luz, libano y huerto;
dad á mi pluma la gracia,
que si la logro pretendo
contar un caso admirable
de los muchos que habeis hecho.

En la ciudad de Lisboa
y en su lusitano pueblo,
vivía un gran potentado
tan noble y tan caballero,

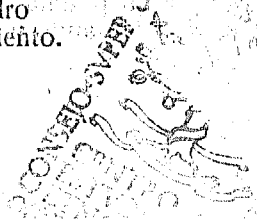
que general de las tropas
lo hizo su rey don Pedro;
le llaman don Alejandro
de Figueroa y Sarmiento,
Este tal era casado
(¡con qué pena lo refiero,
con qué pesares lo digo
y con qué dolor lo sientol!),
con una preciosa dama,
de tan peregrino aspecto,
con la mujer más hermosa
que habia en todo aquel reino,

tan discreta y tan bizarra
 que si á Vénus eligieron
 por Diosa de la hermosura
 dándole la palma en premio,
 en doña Inés con más gracia
 se hallan Palas, Juno y Vénus.
 Se llamaba esta señora
 doña Inés Portocarrero;
 su esposo don Alejandro,
 que adora sus pensamientos,
 la tierra que pisa besa,
 y de continuo en su pecho
 la idolatra cual deidad,
 que es su mayor consuelo.
 Este tap tiene un hermano
 en su alacio con ellos,
 que le llaman Federico,
 libiano, altivo y soberbio;
 este se quedaba en casa
 como de interino dueño
 cuando el hermano salía
 á cumplir con sus empleos;
 siendo pirata de esclavos
 y verdugo de los negros,
 enfado de las doncellas
 que le estaban asistiendo,
 porque á todos les servía
 de muy gravísimo peso,
 que lo que pasa en palacio
 en todo se está metiendo.
 Este tal se enamoró
 con mal nacidos intentos
 de la mujer de su hermano
 doña Inés Portocarrero;
 anda triste y pensativo,
 sin color y amarillento,
 hasta las aves le enfadan
 cuando vuelan por el viento.
 En fin, se determinó
 cierto día en unos versos
 fingiendo ser de su esposo,
 y echando un papel en medio
 darla parte de su amor
 con infernales intentos.
 Tomó doña Inés la carta

con alegría y contento
 por ser de don Alejandro,
 su consorte y compañero.
 Estándola repasando
 reparando en aquel pliego
 que estaba muy poco hollado,
 escrito de poco tiempo,
 rompió la nema, y al punto
 que ha empezado á leerlo,
 en su presencia lo arroja
 hecho pedazos al suelo.
 Detente, mujer incauta,
 guarda el papel en tu pecho,
 que podrá ser que te sirva
 algún día de provecho;
 mas, en fin, ya lo rompió,
 ¡qué lástima! no hay remedio.
 Mas, viendo don Federico
 el desaire que le ha hecho,
 colérico y enojado
 brota por los ojos fuego.
 Mas, ella disimulaba,
 y á solas está diciendo:
 —¡Quién ha de guardar mi honor
 quiere ofenderme, cielo!...
 Mire por sí, Federico,
 sea juicioso y cuerdo.
 puesto que dos hermanos
 son dos almas en un cuerpo.
 No le quiso decir más;
 él se metió en su aposento
 maldiciendo su fortuna;
 jura por los altos cielos,
 que á pesar de todo el mundo
 ha de lograr sus intentos.
 Miró doña Inés un día,
 á don Federico atento,
 y le vió de que traía
 el rostro muy descompuesto,
 y que le estaba brotando
 la ponzoña y el veneno;
 mas ella, como discreta,
 entre sí estaba diciendo:
 —Este quiere intentar
 un villano atrevimiento.

mas antes que lo ejecute
yo quiero poner remedio.
Mandó al punto que viniesen
albañiles y arquitecto,
y que en medio del jardín
hiciesen, de jaspe negro,
una bóveda curiosa
cubierta con azulejos,
cuanto cupiese una mesa,
un par de sillas y un lecho;
y que á la puerta le pongan
unas barretas de hierro,
cuanto se pueda por ellas
meter el mantenimiento.
con su golpe como cárcel,
el pestillo fuerte y recio.
En breve tiempo se hizo,
que en donde sobra el dinero
muy pronto se facilita
por largo que sea el tiempo.
De que estuvo preparado
el reducido aposento,
llamando á don Federico
doña Inés Potocarrero;
le dice:—Hermano mio,
porque muy triste te veo
quiero llevarte al jardín
á ver los árboles bellos,
verás una arquitectura
hecha por un buen maestro,
para en viniendo mi esposo
que salga á tomar el fresco.
De que oyó estas razones
se creyó muy satisfecho
que lo que antes fué esquivar
se iba convirtiendo en celos.
Se fueron hacia el jardín,
viendo aquel casino ameno,
con la cama tan curiosa,
le dió el corazón un vuelco,
diciendo:—Ésta es mi suerte;
hoy se logran mis deseos.
Mas díjole doña Inés
con engañosos intentos:
—Entre usted, don Federico,

repare lo que hay por dentro
mientras yo cojo unas flores
de las mejores del huerto.
Hizo lo que le mandó,
y apenas le vió dentro,
cuando tirando la puerta
con tal varonil esfuerzo,
que quedando el golpe echado
quedó Federico preso,
diciéndole:—Aquí se pagan
villanos atrevimientos.
De que oyó aquestas razones
tiró el ajuar al suelo,
escarba, bufa y patea,
parece un león sangriento;
jura que se ha de vengar
á pesar del mundo entero.
(Si el papel no hubiera roto
no se viera en este espejo.)
Ella se fué á su retrete,
dejándole en cautiverio.
Cuando vienen á palacio
visitas de caballeros,
de señoras principales,
de sus parientes y deudos,
cuando preguntan por él,
dice doña Inés á tiempo,
que le ha dado un accidente
y un frenesí descompuesto,
que ha habido que encerrarle
para tenerle sujeto;
que distracción y regalos
de sobra los tiene dentro.
Desde entonces doña Inés
tomó de casa el manejo,
diciendo que está su hermano
melancólico y enfermo.
De allí á seis meses se supo
en la corte por muy cierto,
que el campo se levantaba,
conviniéndose los reyes
en dar treguas á la guerra,
y que próspero y contento
viene ya don Alejandro
echando plumas al viento.



Doña Inés á Federico
le llevó un vestido nuevo,
un caballo enjaezado,
unas botas y el sombrero,
un maestro que lo afeite,
y que montase ligero
y le salga á recibir
con brazos abiertos,
sin darse por entendido
del indicado suceso,
que lo que ha hecho con él
él debia agradecerlo.
Con esto abrióle la puerta,
aunque con algun recelo;
y él no se quiso quitar
el traje que lleva puesto,
y sin afeitarse monta
en el alazan soberbio.
El hermano que lo vió
tan abominable y feo,
le pregunta:—Hermano mio,
¿cómo vienes tan horrendo?
¿qué pesares te molestan,
qué disfraces son aquestos?
Entonces le respondió
de esta manera, diciendo:
—Tu esposa tiene la culpa
de verme como me veo
porque no hice su gusto,
que descansando en mi lecho
una noche me invitó
echándome mil requiebros;
pero yo le respondí
dándole buenos consejos,
y por aquesta razon
me ha estado dando tormentos,
y me ha tenido hasta ahora
en triste recinto preso.
Don Alejandro que escucha
tan terrible atrevimiento,
como un mármol se quedó
un largo rato suspenso,
que quisiera que el abismo
le sepultara en su centro:
y entrando por el palacio

le salió al recibimiento
aquella blanca azucena,
aquella joya sin precio,
á recibirlo en sus brazos
del alma, y él con desprecio
la pegó tal bofetada,
con injuria de los cielos
y por no ver su hermosura
mandó que cuatro moneros
que son hombres de mal alma,
la llevasen á un desierto,
y que le saquen los ojos
y el corazon de su centro,
que en un paño se lo traigan
para quedar satisfecho.
¡Qué lastima, qué dolor,
qué pena, qué sentimiento,
qué injusticia, qué agravio,
qué castigo sin deberlo!
Salen una noche triste,
amparados del silencio,
aquellos facinerosos,
y antes que rompiera Febo
en un monte se hallaron
tan encumbrado y espeso,
que aquel dorado planeta
que vive en el cuarto cielo,
no ha podido con sus rayos
descubrirle sus cimientos.
Estando en aqueste sitio
arrimados á un gran fresno,
antes de darla la muerte
se disputaron primero
aquella prenda del orbe,
aquella joya sin precio.
Arman tan cruel batalla
sobre quién será el dueño,
que los cuatro parecian
unos lobos carniceros;
pero la Virgen Maria
los aires baja rompiendo
con su hijo de la mano
sacro Niño y rey inmenso,
y la dice:—Devota mía,
libre estás, no tengas miedo,

que ya vendré á visitarte, aunque yo nunca te dejo; un león te ha de traer proporcionado alimento, y aqueste te ha de guardar, que estés velando o durmiendo. La Virgen y el bello Niño luego desaparecieron;

quedándose doña Inés confusa en su pensamiento, por saber de que un león la ha de dar el alimento, Pero en la segunda parte dará Juan Miguel del Fuego á todo oyente, el relato del suceso verdadero.

SEGUNDA PARTE

Vamos ahora á los cuatro que se quedaron riendo, que entre los tres dieron muerte al que era jefe de ellos, y los otros que se hallaron de jaula sin el jilguero, la buscaron por el monte como caballo sin freno, mas viendo que no la hallaron hicieron este concepto: —¡Muy bien habemos quedado! ¿qué buena cuenta daremos allá de nuestras personas del encargo que traemos? —Lo que podemos hacer con este difunto cuerpo será sacarle los ojos, y el corazon, y en un lienzo nos lo podemos llevar, y cumpliremos con esto. En breve lo ejecutaron, que fué diciendo y haciendo. Dan la vuelta á palacio y entregan en el pañuelo el corazon y los ojos, y don Alejandro atento con cuidado preguntó por el otro compañero; y todos juntos á una voz estas palabras dijeron:

—También se quedó en el monte, porque quiso muy soberbio profanar á doña Inés, y lo matamos por eso, y en el monte se quedó por andar tan descompuesto. Volvamos á doña Inés, que estando tomando el fresco sentada junto á una fuente, volviendo el rostro sereno, vió que venia un león tan galán, tan halagüeño, tan hermoso, tan bizarro, tan que daba contento el verlo, y que en la boca traia el canastillo pequeño hecho con dos mil primores, todo de viandas lleno. Hízola una cortesía, y lamiéndola los dedos le entregó el canastillo á su señora y su dueño, y á la puerta de la cueva, paseándose y rugiendo anda haciendo centinela, guardándola muy atento. Al otro dia lo mismo y de este modo iba siguiendo. Pasaban todos los dias las cosas que aquí refiero.

Vamos á don Federico,
que preguntó á los monteros
si es verdad que la mataron,
que les guardará el secreto,
y que también les dará
gran cantidad de dinero.
Al fin dijeron que no
y contaron el suceso,
como se quedó en el monte
sin agraviarla en un pelo.
Don Federico responde:
—En el alma lo agradezco;
todos juntos hemos de ir
á buscarla en el desierto,
que no pase de mañana;
y á mi hermano le diremos
que á una grande montería
voy con otros caballeros.
Salen del palacio y llegan al
al fragoso Pirineo,
en sus encumbrados riscos,
peñas y montes subiendo;
mas quiso su mala suerte
que con la caverna dieran
para perdición de ellos,
que el leon de que los vió,
muy enojado y sangriento,
á los tres despedazó
en menos que dura un credo,
salvándose solo el otro,
aunque vivo, casi muerto.
Mas doña Inés lo libró
del fiero animal sangriento,
porque era don Federico
que lo conoció al momento:
do cupo en su sangre noble
aquel refran verdadero,
porque ella la mala obra
la pagó con buen extremo.
Da la vuelta á palacio
con mentiras y embelecios,
diciendo que un jabali
le mató los compañeros,
y que él, con cinco heridas,

se subió encima de un cerro,
y que de allí se escapó
de aquel monstruo soberbio.
En el dia señalado
de la Encarnacion del Verbo,
se apareció á doña Inés
la Virgen de los Remedios
toda adornada de flores,
con el rostro muy risueño,
diciéndola:—Dios te guarde,
hija. Ya llegó el tiempo
de que dejes este sitio
y te vayas á tu pueblo,
curarás á tu esposo
que dias ha que está enfermo,
y tambien á tu cuñado
que las heridas vertiendo
todavía le echan sangre,
y perdónale los yerros.
El leon que te ha traido
el cotidiano alimento,
ha sido por mi mandato,
que así pago cuando quiero,
reservando á mis devotos
de este y semejantes riesgos.
Con esto la dió la Virgen
un pomito muy pequeño
lleno de bálsamo heróico,
como bajado del cielo;
quedándose doña Inés
convertida en pasajero,
camino que va á Lisboa,
con su báculo y sombrero,
y peregrinando llega
á la corte en breve tiempo,
á donde en ella curó
muy grande copia de enfermos,
sin que el bálsamo precioso
se menoscabara un pelo.
Toda la ciudad se admiró
de la peregrina, viendo
los enfermos que curaba
tan consumidos y secos,
y luego los veian sanos
dentro de muy breve tiempo.

Va la nueva al general
don Alejandro Sarmiento,
que estaba ya desahuciado
por la ciencia de Galeno,
y juntamente su hermano.
Al instante dispusieron
criados que por las calles
y la ciudad recorriendo
buscasen la peregrina;
preguntando á todo el pueblo
vinieron á dar con ella
en un humilde convento
de las monjitas descalzas,
que estaba con sano celo
curando á las religiosas
de tabardillos molestos.
Entre dos comendadores
en un coche la metieron,
dan la vuelta á palacio,
y visitando al enfermo,
tomándole el pulso dice:
—Diga, señor caballero,
¿de qué pende esa dolencia?
El dice:—De sentimiento,
y de un gran dolor continuo,
que desecharlo no puedo.
Entonces ella responde:
—No es mucho ese sentimiento,
ni aqueste dolor es tanto,
pues que de él no ha muerto.
Apenas le echó en los labios
aquel bálsamo supremo
se levantó dando gracias
al divino Padre Eterno.
Queriendo tomar la puerta
la atajaron los vuelos
diciendo:—Por Dios, detenga,
que hay que curar otro enfermo.
Entonces ella responde:
—Por mi vida que no puedo
detenerme ni un instante,
ni á curarle me atrevo
si en público no confiesa
todas sus culpas y yerros.
Dijo el enfermo que sí,

pues ya estaba casi muerto,
y le huelen las heridas
que privaban el aliento.
Mandó juntarse la gente
de sus parientes y deudos,
hasta los mismos criados
que en palacio están sirviendo.
A todos pidió perdon,
pero á su hermano primero.
El hermano le perdona
en aquel mismo momento.
—Hermano y señor, tu esposa
era una joya sin precio,
era un arca de esmeraldas,
ejemplo de los ejemplos,
dechado de las mujeres
y espejo de los espejos.
Y yo tan vil criatura,
quise ofender su respeto,
y por querer ofenderla
me tuvo seis meses preso,
mas yo por vengarme de ella
la levanté el falso enredo.
Don Alejandro que escucha
echó mano al fuerte acero,
diciéndole:—Vil hermano,
atrevido y desatento,
por haberte perdonado
en tu sangre no me vengo.
Entonces la peregrina
le fue untando con los dedos
las heridas, y al instante
se levantó ya tan bueno.
Grande copia de doblones,
que pasaban de trescientos,
le dan á la peregrina,
y ella haciendo menosprecio
dice:—Guarden las monedas,
quiten allá ese dinero,
que quizás les hará falta
para sustentar los negros.
Mas con cuidado miraba
don Alejandro atento
el rostro a la peregrina,
y el traslado de su pecho

viendo que era todo uno,
se abrasó en vivos incendios,
la dice:—Señora mía,
¿de qué patria ó de qué reino
es usted, aunque perdone?
Ella con suaves ecos
le responde: —Señor mío,
yo soy de todos los reinos,
vecina de todo el mundo,
á mí me llaman por eso
la Peregrina Doctora
sin interés del dinero:
la que curó a su marido
y á su enemigo proterbo.
Entonces Don Alejandro
la dió un abrazo muy tierno,
reconoció que es su esposa
aquel hermoso portento.
Toda la ciudad se admira
la gran maravilla viendo;
de puro contento lloran,
y parece un jubileo
de damas y de galanes
y parientes que acudieron,
que en el palacio no caben,
sabiendo aqueste suceso.

En la ciudad de Lisboa
hacen fiestas y torneos,
toros y juegos de cañas,
comedias y pasatiempos.
A don Federico casan
con otro hermoso portento,
hermana de doña Inés,
Elvira Portocarrero,
quedando don Alejandro
próspero, alegre y contento
con su esposa doña Inés,
rosa, clavelina, espejo,
peregrina montañesa
la que estuvo en el desierto,
la que libró a su enemigo
de manos del leon fiero.

Con esto acaba la historia
ó aqueste breve compendio,
de la mujer mas heroica
que se ha visto en tales riesgos.
Y la Virgen nuestra Madre
la libró de los perversos,
cubriéndola con su manto,
poniendo al demonio freno,
que siendo devota suya
no la abandonó un momento.

FIN.

MADRID.—Despacho: Hernando, Arenal, 11.

